

El bienestar de niños y niñas siempre es prioridad.

Después de haber separado el grupo para mejorar el ambiente de aprendizaje, vivo una experiencia que me lleva a reflexionar sobre el impacto que tiene el manejo emocional de los adultos en el aula. Durante una actividad planificada para pintar timbres con esponjas, la técnico del nivel reacciona abruptamente cuando una niña no sigue exactamente las instrucciones, retirando los materiales y deteniendo la actividad.

Esta reacción provoca frustración y desregulación emocional en varios niños, mostrando cómo una respuesta impulsiva puede afectar negativamente el clima emocional del aula y la experiencia de aprendizaje. Esta situación me permite comprender la necesidad de actuar desde la calma, la empatía y la contención emocional.

Durante un largo rato, pensé si conversarlo o no con mi educadora guía, a lo que llegué a la conclusión de que sí debía hacerlo. Esto porque me sentí totalmente pasada a llevar desde mi rol como Educadora de Párvulos pero lo que más me afectó fue la desregulación que sufrió uno de los niños, siendo que el clima del aula antes de lo sucedido era tranquilo.

Como futura educadora, me comprometo a desarrollar habilidades socioemocionales que me permitan acompañar a los niños con respeto y comprensión, incluso en momentos de conflicto. También reconozco la importancia de mantener una comunicación clara y colaborativa con el equipo adulto para crear un entorno seguro y enriquecedor para los niños.

Esta vivencia se conecta con el principio de bienestar de las Bases Curriculares de Educación Parvularia (2018), que señala que los niños necesitan un ambiente emocional que les permita actuar con confianza y seguridad.